

Francesco Colicchia
43873258

La Hidra obrera en la medianoche argentina

En este trabajo me propongo analizar la resistencia obrera a la dictadura en sus dos primeros años (76-77) bajo el prisma del concepto de formación de clase de E.P Thompson, el concepto de antagonismo expuesto por Modonesi, en calidad del análisis del proceso de formación de demandas y luchas colectivas de esos dos primeros años a la luz de Laclau, y, por último, tomaré conceptos de Raymond Williams para el análisis cultural de elementos residuales y dominantes de la cultura de la clase obrera. El objetivo de este trabajo es exponer un proceso poco comentado, como el de la resistencia obrera en la dictadura, y aplicar estos conceptos para darnos una visión más profunda de la formación de la clase obrera en ese periodo, un pequeño contraste con la época de “rebeldía obrera”. Además, analizar este acontecer histórico bajo el lente de la formación de clase nos puede ayudar en torno a la problemática de la extensión de la derrota que fue el golpe del ‘76 y empezar a comprender hasta qué punto retrocede la clase y qué tradiciones culturales, políticas y sociales se mantienen en su comportamiento clasista.

El feroz ataque del país burgués

El golpe del 24 de marzo de 1976 cambió la situación del país. Vino a barrer con la “rebeldía obrera” que se abrió luego de la gesta histórica que pasó a la inmortalidad con el nombre del Cordobazo y a cerrar la crisis orgánica que vivía el país luego de la huelga general contra el Plan Rodrigo. El reacomodamiento de las fuerzas entre las clases era el medio para imponer un plan económico que llevó a cabo un mega endeudamiento con el FMI, licuación salarial de un 40% en el primer año, un aumento de la productividad basado en un aumento de la intensidad del trabajo, una apertura económica al capital y las mercancías de las metrópolis, así como atacar las conquistas de la clase trabajadora en tanto sus capacidades organizativas de clase, entendidas estas como la organización consciente de los miembros de la clase—organización siempre atacada y también condicionada por la estructura de clase— (Wright, 1983, 93), sus condiciones de trabajo y su calidad de vida. Estas medidas generaron un ataque a la estructura industrial del país (Pozzi, 1988), que aumentaron el cuentapropismo en 6 puntos porcentuales para 1978, aunque para el periodo de nuestro estudio 76-77. La desocupación aumentó de 2,3% a 2,8% luego de un crecimiento en 1976 de 4,5 % que sirvió como agente disciplinador de la clase trabajadora.

Esta política económica se complementa con la política laboral y la represiva en general, que llevó a cabo el gobierno militar. La represión poseía dos objetivos: a) Inmovilizar al conjunto de la clase obrera, b) Romper con la experiencia herética de la cultura de taller, imponiendo el servilismo hacia los empresarios y c) exterminar al sector clasista y revolucionario de la clase. Esto se combinaba con el deseo de la UIA setentista del “paraíso industrialista” (Petras, 1979, 1) donde no existiesen organizaciones proletarias y la autoridad de la empresa no pueda ser contestada. Este proyecto político se correspondía con la tarea de fragmentar a la clase trabajadora para reestructurar el mercado de trabajo que había sido formado en la década del 40’ con el peronismo (Schneider, 2003,206).

Esta alianza entre el régimen militar, la burguesía imperialista y la nacional tuvo entre sus objetivos un ataque sin precedentes a la clase obrera y particularmente a su formación de clase en el estricto decir de Thompson (2012), en tanto formación social y cultural que opone una clase de personas contra otra, como dice Petras: “El propósito del terror fue un esfuerzo sostenido para sistemáticamente abolir la memoria de solidaridad, los lazos sociales entre la clase trabajadora, para atomizar a la clase e inculcar los sentimientos de subordinación, inferioridad y servilismo (...)” (1979). Este terror sin parangón para la historia de nuestro país fue un ataque directo, constante y sistemático contra la formación de la clase obrera y su cultura de clase.

Es en los objetivos económicos y políticos donde podemos ver que la burguesía vernácula y el imperialismo estaban unidos bajo el mismo proyecto político. Ambas facciones burguesas estrecharon filas para ponerle coto a la experiencia rebelde del proletariado setentista y abrir el camino para una mayor entrega del país al capital imperialista de la mano de la deuda externa y el libre funcionamiento del mercado de capitales. Aunque, es verdad, que no todas las fracciones de la burguesía salieron fortalecidas de esta penetración imperialista, aunque tampoco pudieron oponerle otro proyecto de país.

La salvaje represión de la dictadura instaló el terror generalizado, la desmoralización y una situación reaccionaria en todo el país. Esto hallaba su expresión en los lugares de trabajo. En la fábrica Del Carlo, de capitales nacionales, la situación se expresó de esta manera según un delegado gremial: “... la empresa, enseguida nos llama a los delegados a empezar a discutir que bueno, acá había cambiado la situación, acá hay una situación distinta... esto no puede seguir así” (2003, 209).

Sin embargo, la clase obrera resistió en luchas muy duras y contra todo el aparato del terrorismo de Estado en los primeros años de la dictadura militar. A esto contribuyeron no sólo su experiencia inmediata en los años 70 's, sino también “las lecciones aprendidas en otras dictaduras y la férrea solidaridad que desplegó en su interior la clase” (2003, 206). Para ello, hay que analizar los elementos en la experiencia obrera que se formaron como un crisol de formas culturales que traducen estas experiencias históricas al calor de nuevos ataques y en función de una lucha de tendencias a su interior.

Experiencia, antagonismo y demandas ambivalentes. La resistencia hereje.

La clase trabajadora no tardó mucho en responder al golpe militar. Ese fatídico día de marzo los obreros de la IKA-Renault en Córdoba le plantaban cara con una huelga mediante el trabajo a reglamento. Sus consignas de guerra eran: “Fuera los milicos asesinos”, “Tenemos hambre”, “Sabotaje a la superexplotación” (1988: 71). A pesar de la feroz represión que se generó y de la derrota, estas consignas son centrales para entender el proceso de resistencias que se cultivó en los primeros años de la última dictadura cívico-militar-eclesiástica.

En los primeros meses se puede ver cómo los conflictos se reducen drásticamente. Desde un punto de vista cuantitativo, gracias al estudio hecho por Mangiantini (2024), se observa que los conflictos en la zona del AMBA caen de 17 conflictos mensuales a 5 en marzo y 3 en abril. Sin embargo, existen algunas luchas defensivas de vanguardia que resisten contra la ofensiva de la dictadura, además de la lucha de los obreros de la IKA en Córdoba. En los primeros meses, este es el caso de los trabajadores de las automotrices en el AMBA con paros en la General Motors en Barracas, en la Mercedes Benz y en Chrysler. No obstante, el conflicto testigo del año 76 lo protagonizarán los trabajadores del sindicato Luz y Fuerza, en una lucha que inicia en octubre del '76 y se extiende hasta febrero del '77.

El combate de los lucifuerzistas tenía el objetivo de defenderse contra una batería de ataques que el gobierno había iniciado con la Ley 21.476 y que quería aplicar al gremio. En esta se atacaban prerrogativas sindicales como el aporte a la obra social por parte de la empresa; se aumentaban las horas trabajadas y su remuneración. Los trabajadores utilizaron el método de huelga de brazos caídos por los despidos, contra el incumplimiento del CCT y la falta de pago salarial. El repertorio de armas de lucha que demostraron los obreros fue importante: paros, abandono de tareas, movilizaciones, trabajo a desgano, sabotajes como apagones y explosiones de estaciones de energía.

Acá hay de notar varias cuestiones; en principio, como nos relata un delegado despedido de la corriente “peronismo combativo”, el respeto por los dirigentes sindicales oficiales era un tema “espinoso” porque “respondieron hasta el último momento a la línea del peronismo gobernante” y “las bases planteaban a estos dirigentes que ‘con Isabel no pasaba nada’ y que nos estábamos hundiendo en la miseria”. (1988, p. 73). Sin embargo, la dirección del sindicato tenía prestigio por no aprovecharse de su posición sindical y por luchar contra López Rega “desde el principio” (1988, p.74).

Los activos que pusieron en juego rápidamente los trabajadores eran: su experiencia de organización y de lucha, que los lleva a formar distintas comisiones para que el conflicto tenga la mayor solidaridad posible, la unidad en sus filas y la *selección* de lecciones de procesos históricos previos que operan como “soluciones vivas” a su situación específica. Esto último es lo que Williams nos quiere decir con su concepto de *tradición selectiva*, que es “una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo en el proceso de definición e identificación cultural y social” (2009, p.153). Un ejemplo de esto último tiene que ver con

la experiencia en la Resistencia. Como dijo el mismo delegado de luz y fuerza, “Muchos nos acordábamos de las cosas que les hicimos a los gorilas en 1956 y las volvimos a aplicar”. También es posible hacer una relación entre esta memoria forjada en la clase obrera y su relación a los métodos de lucha aplicados como el sabotaje. Aquí el entrevistado dice: “cuando los trabajadores de una especialidad se deciden a sabotear la producción, es imposible intentar todo tipo de represión, ya que es posible que encarcelen a cientos pero con uno que quede, el sabotaje está asegurado” (1988, p.75).

Algo de eso también se ve en las consignas que propugnaban los trabajadores de la IKA contra la superexplotación, ya que la clase trabajadora argentina tiene una larga tradición de oposición contra los ataques “racionalizadores” de la producción; como bien explica James (2019, pp. 85,86). Las consignas contra la superexplotación expresan una *estructura de sentimiento*. Esta se comprenden como “los significados y valores tal como son vividos y sentidos activamente; y las relaciones existentes entre ellos y las creencias sistemáticas o formales, (...) del pensamiento tal como es sentido y el sentimiento tal como es pensado; una conciencia práctica del tipo presente dentro de una continuidad viviente e interrelacionada.”(2009, p.175). Las demandas contra la superexplotación, enraizadas en una tradición obrera de muchos años, expresan una definición legítima del esfuerzo en el trabajo propia de la cultura obrera como resultado de su experiencia con el peronismo y contra él, como con los que vinieron después. Expresa un momento de dignidad obrera por sobre la ganancia capitalista y un grado de solidaridad entre la clase que cuestiona la organización del proceso de producción adentro de la fábrica. A partir del esfuerzo desmedido que pretendían las patronales, los trabajadores definían que no era legítimo usando el término de *explotación*. No obstante, este significado herético está tensionado con la legitimación de la propiedad capitalista por parte de los obreros, en tanto la ideología sindical también tiene sus influencias.

Además, es importante la solidaridad de otros trabajadores. Un resultado de la experiencia clasista de los '70 y la Resistencia se ve en la importancia de “la unidad y la organización por la base, tratando de que nuestras banderas de lucha no caigan en manos de quienes siempre han negociado nuestras conquistas” (idem). La crítica era dirigida a los grandes dirigentes sindicales peronistas que en ese momento sostenían una posición colaboracionista y, en palabras del delegado, “se callan la boca ante la agresión militar a nuestro gremio”.

Además, se ve en el discurso del entrevistado que sitúa el conflicto en el contexto de los objetivos del régimen militar. Luz y Fuerza no estaba peleando sólo. A esta lucha se sumaban los obreros mecánicos, la resistencia de los telefónicos, de los petroleros, de los estatales, de los bancarios y metalúrgicos. Una unidad de clase de los sectores atacados contra el régimen militar y patronal. En sus palabras: “Es evidente que ellos quieren la ‘reorganización’ del país a costa de nuestro esfuerzo y no del de los patrones”. (1988, p.76). En un comentario final vemos también cómo vive la experiencia del Cordobazo en la articulación de las expectativas obreras del momento y su experiencia con las dictaduras militares hasta el momento: “Ellos tendrían que mirar para atrás y pensar en Aramburu, en

Onganía, en Levingston y en Lanusse. Todos en su momento trataron de aplastar nuestros derechos. A todos, tarde o temprano la impaciencia popular les dio su merecido.” (idem).

Es en este punto donde podemos ver que, en las tempranas resistencias parciales que la clase trabajadora oponía ante el avance de la dictadura, existía una identidad, comportamientos y lecciones que eran vividos de manera ‘clasista’. Es por ello que nos es útil el concepto de formación de clase, en tanto define a las clases no como una estructura sino como la encarnación en la realidad de la clase, cuando “(...) de resultados de sus experiencias comunes -heredadas o compartidas-, sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos -y habitualmente opuestos- a los suyos”. (E.P. Thompson, *La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra*, 2013, p. 27). Vemos que los lucifueristas no se viven a sí mismos solamente como trabajadores de un sector sino como parte de una clase en tanto “conciencia de una unidad de intereses a la vez entre todos esos grupos diversos de la población trabajadora y contra los intereses de otras clases” (2013, 220). El eje articulador de esa formación de clase era la *explotación* y la lucha contra esta, que opone a los proletarios contra los burgueses y militares. En este punto, la clase actúa como centro de gravedad donde se articulan la multiplicidad de vivencias de la población trabajadora, a pesar del aumento del cuentapropismo y la desocupación, y es en ese sentido que hablamos de clase, con sus tradiciones políticas y experiencias históricas. En este caso, y se repetirá más tarde, la alusión a la Resistencia es importante como acervo que tiene la clase para adaptarse a las condiciones defensivas en las que la dictadura la había puesto.

Tras la derrota de este conflicto, las acciones de lucha irán mermando hasta mediados de agosto. Sin embargo, los compañeros lucifueristas habían demostrado la posibilidad de enfrentar a la dictadura y le habían dejado en claro que los planes antiobreros no iban a pasar sin pena ni gloria. El saldo represivo de la derrota fue muy grande, por los compañeros despedidos, por los heridos y por los desaparecidos, entre los que está su máximo dirigente, Oscar Smith. No obstante, dejaron un saldo organizativo positivo, de redes de base y lecciones que la clase usará como activo en la próxima etapa de resistencia. Los meses subsiguientes siguieron con un gran número de sabotajes y paros relámpago, que ponían en práctica la gran capacidad organizativa de los trabajadores y su unidad. Un ejemplo recopilado por Schneider nos dice: “Por tristeza, quizás los trabajadores de Ford olvidaron un día las llaves en el interior de todos los autos terminados. Hubo que romper todas las cerraduras y frenar la línea de producción” (2003).

En agosto, las cosas se empiezan a calentar nuevamente. Se ponen en acción comités de lucha clandestinos, aprendizaje de la lucha del año pasado. En el caso de la empresa La Hidrófila, en zona norte, si bien su reclamo central era por salarios y llamaba a los compañeros a trabajo a reglamento y con el no cumplimiento de horas extra, exponía un gran sentido clasista y antagonista. La conciencia antagonista, entendida como una subjetivación que opone a un sujeto social colectivo contra otro que produce, a medida que practica la lucha, solidaridad dentro de cada uno de los grupos con su conflicto y genera, por ende, prácticas e identidades clasistas (Modonessi, 2010, p. 55), es necesaria para comprender y analizar estos casos. En el

volante de la comisión de lucha de La Hidrófila (LHA), se dice de la siguiente manera: “No debe extrañarnos la posición que ha adoptado la Hidrófila ante todos los compañeros. Para ello primero están el capricho, el desprecio hacia el obrero; ellos pretenden humillarnos, siempre están especulando con nuestras necesidades. Lo único que quieren de nosotros es explotarnos y nada más. (...) Ellos se sienten seguros porque la Dictadura Militar los defiende. Porque este gobierno lo único que quiere es beneficiar al patrón y explotar y reprimir al obrero.” (2003, p. 220). En sus reivindicaciones colocan:

“—POR UN AUMENTO DE 4.000 PESOS POR HORA.
—CONTINUAR CON EL QUITE DE COLABORACIÓN NO HACER EXTRAS
—UNIDAD DE TODOS LOS OBREROS PARA LUCHAR POR EL AUMENTO”

Vemos cómo el conflicto económico se vuelve un conflicto político por el hecho del rol que cumple el régimen militar como asegurador de la superexplotación patronal contra los trabajadores, muy similar al reclamo de los trabajadores de IKA-Renault que vimos anteriormente. A través del significado de explotación, de esa estructura de sentimiento, los trabajadores en su práctica de lucha adquieren una conciencia de los intereses antagónicos entre ellos y los patrones y militares. En otras palabras, se definen como clase, donde su relación de interdependencia con sus explotadores los opone, y sumado a su cultura de clase, genera un motor para la acción colectiva aún en una situación muy adversa.

En el Gran Rosario estalló una huelga que inició con los trabajadores de Massey y John Deere por salarios, con paros y huelga de brazos caídos. Tras esta acción, el antagonismo se extiende a otras fábricas de la zona y se juntan diez mil obreros en conflicto al mismo tiempo en todo el cordón industrial de Rosario. Las medidas represivas endurecen los conflictos, que son organizados principalmente por comisiones de lucha ad hoc y comisiones internas clandestinas, como también son representadas por las secciones sindicales no intervenidas y las comisiones internas legalizadas. Una característica es el enorme endurecimiento de las patronales, que disponen de despidos masivos y un lock out como medidas para que retrocedan los trabajadores. Además, el conflicto toma tal envergadura que se extiende a sectores rurales (Carminatti, 2011, p. 131). Los obreros consiguen un relativo aumento salarial del 17 y el 13 % frente al 40 % pedido. Las tradiciones setentistas en estas dos fábricas se visualizan en este racconto, hecho por *Evita Montonera*, de lo sucedido en la planta de Massey luego de terminar el conflicto:

“Luego de 10 días de paro, los trabajadores se reincorporan a sus tareas, realizando una nueva asamblea y pintando consignas montoneras en toda la fábrica. “ (2011, p. 132).

La subjetividad antagonista de los 70 se seguía expresando en los conflictos, formas de organización y en algunas luchas que rivalizaban con sus direcciones sindicales o de la comisión interna y que establecían una tendencia a desbordarlas. Este es un caso de una cultura de clase emergente que es cortada por la dura represión, primero de las bandas paramilitares de la Triple A y luego del terrorismo de Estado de la junta militar. Basandonos en la teoría de Williams, podríamos decir que el clasismo y el aspecto antiburocrático, desde

las bases, que toma parte del movimiento obrero sententista es una cultura emergente en tanto emergen nuevos significados, valores, prácticas, relaciones y tipos de relaciones (2009, p. 163) entre la clase obrera. Sin embargo, el proceso del genocidio a la vanguardia revolucionaria, quien impulsa más concentradamente esta cultura, implica que esta sobrevive de manera contradictoria. Si bien el sentido común implica una tensión entre los postulados que se seleccionan, el proceso de subjetivación, para Williams, va a ser un proceso constante de lucha cultural. La supervivencia de la cultura clasista se ve amenazada, entonces, por las acciones de otros agentes que intervienen en la lucha por la construcción de una cultura o reformista o servil. Agentes como la burocracia sindical, ampliamente colaboracionista en este momento, la dictadura, los empresarios y la iglesia van a ser los impulsores de una nueva cultura, de la supresión no solo material sino cultural de la rebeldía obrera. Sin embargo, la cultura clasista encuentra sobrevive en estos años justamente por ese colaboracionismo y el fuerte ataque del país burgués.

Un caso emblemático de esto fue la huelga generalizada de octubre y noviembre '77. En esta, vemos que más de un millón de personas iban a huelga durante un mes. Los huelguistas se concentran en los servicios, más específicamente, en los transportes urbanos. Entre el primero y el cinco de noviembre, los conflictos ferroviarios abarcaban las seccionales de CABA, La Plata, Rosario, Santa Fe, Tucumán, Entre Ríos y Córdoba. Además de aeronáuticos y subterráneos, se sumaban a la huelga varios sectores. En principio, se sumaron los trabajadores de las líneas de colectivos del conurbano bonaerense, del puerto metropolitano y rosarino, del SEGBA y agua y energía de Rosario, Coca Cola, cerámica Lozadur, personal de la Shell, personal no docente de la UBA, trabajadores de YPF de CABA, La Plata, Mendoza y Comodoro Rivadavia, empleados de correo de Buenos Aires, Mendoza, Rosario y Mar del Plata, Obras Sanitarias de Rosario, en el Ministerio de Obras públicas y Bienestar Social, en el Banco Nación, el Frigorífico Wilson de Valentín Alsina, Alpargatas de Florencio Varela, etc.

La tendencia a superar a las direcciones sindicales intervenidas lo mostraban incluso los diarios que manifestaban: "...las medidas de acción directa se realizaban sin la anuencia de la conducción sindical, lo que conforma un paro de los llamados 'salvaje'..." (2003,p.222). Así, la tendencia al antagonismo y las tradiciones de la clase obrera poseían un componente de autonomía, entendida esta como independencia de clase; una relación dialéctica entre antagonismo y autonomía. En el decir de Modonessi: "autonomía antagonista-independencia antagonista" que "produce autonomía y viceversa, en un ir y venir ininterrumpido" (2010: 76). Si entendemos a la burocracia sindical en tanto unos de los principales garantes de la autoridad patronal en la fábrica y en el modo de producción capitalista, podemos entender que las tendencias al desborde de esta, que en ese momento histórico desplegaba un rol colaboracionista con la dictadura, tienen un componente de autonomía de ese chaleco de fuerza.

Además, el proceso de luchas del '77 muestra una capacidad de extensión de los conflictos significativa. Los diarios daban una muestra del significado de este último paro generalizado. En una editorial, el diario La Nación exponía: "El Cordobazo de mayo de 1969 merece

recordarse (...) porque la precipitación del general Onganía por desembarazarse de su ministro Krieger Vasena aceleró la pérdida de autoridad...” y proseguía en un conteo de daños, en tanto el movimiento había significado un “desafío neto a la autoridad del gobierno militar” (Carminatti, 2021). Otros diarios, un poco más traumatizados con la experiencia setentista, se animaban a hacer comparativas con el Cordobazo.

En esta última lucha no sólo habían peleado por salarios y lo habían realizado con una forma de organización más segura que permitió que se extienda el conflicto; sino que habían luchado también por demandas políticas y democráticas. Los trabajadores del subterráneo, al enterarse de la detención de algunos compañeros luego de haber finalizado el paro, lucharon por su liberación; los trabajadores del SEGBA abandonaron sus puestos de trabajo en protesta por la desaparición de uno de sus delegados sindicales. Las reivindicaciones generales del movimiento fueron, resumidamente, un aumento del salario mínimo, la restitución de los derechos laborales, la normalización del cuerpo de delegados y del sindicato; reincorporación de los cesantes y defensa de las fuentes de trabajo y “la renuncia de Martínez de Hoz al Ministerio de Economía”. (1988, p. 86).

Ahora bien, para captar la significación de las demandas y el grado de autonomía de la clase obrera en este periodo tenemos que detenernos en ver la cadena equivalencial de sus demandas (Laclau, 2007, 99). ¿Podemos decir que los periódicos que consideraron la huelga generalizada de finales del '77 como “las jornadas más difíciles” eran exagerados o miraban un fenómeno que no es inmediato? ¿Por qué las demandas económicas que habían lanzado los trabajadores señaleros del Roca se transformaron y universalizaron como demandas políticas?

Para ello, es interesante el abordaje que hace Laclau (2011) en torno a los regímenes opresivos y el carácter de las demandas llamadas democráticas como demandas particulares insatisfechas. En este texto el autor dice: “En una situación de extrema opresión—el régimen zarista, por ejemplo—, los trabajadores comienzan una huelga en reclamo de mejores salarios. La demanda es particular, pero en el contexto de ese régimen represivo será vista como una actividad antisistema. Por lo tanto, el significado de esta demanda está escindido, desde el comienzo mismo, entre su propia particularidad y una dimensión universal” (2007, p. 301). Es esta ambigüedad entre lo antisistema, es decir, lo autónomo, y lo subalterno, o lo integrado al sistema, que hace que las demandas por mejoras económicas en el marco de la última dictadura militar contengan un contenido equivalencial con las demandas democráticas y políticas y puedan articularse con las demandas de otros sectores, como el sector rural en el conflicto de Massey. Es la frontera que divide a los oprimidos del bando opresor que les da a las demandas de los primeros una gran capacidad de articularse equivalencialmente y generalizar sus combates al resto de la sociedad. Aunque brega decir que en este periodo no se llega a culminar este proceso por el cual la cadena equivalencial coloca una demanda particularizada como representante de las demás, como el significante vacío en el que están puestas las expectativas e identificaciones de los sujetos sociales. Sin embargo, bajo el enfoque de Laclau puede verse la dimensión de la respuesta obrera en los

primeros años y su tendencia a converger con distintas luchas como los derechos humanos y los derechos sindicales. Las demandas democráticas no yacían escindidas de las económicas.

Por otro lado, el genocidio a la vanguardia revolucionaria hace que esta posible tendencia a la propagación del conflicto y la creación de una hegemonía obrera contra la dictadura sea más difícil al no haber partidos políticos con influencia que puedan encarnar esa estrategia. Por el contrario, la estrategia implementada por distintos partidos políticos patronales fue la colaboración en un principio, para pasar luego a la contención y, por último, a la transición democrática llegando a distintos negociados con la junta militar y la separación, incluida en el terreno de la teoría, entre las demandas democrático formales y las estructurales (Maiello, 2024).

Conclusión

A modo de conclusión, la cultura obrera fue un recurso clave para la posibilidad de la resistencia contra el avance del régimen militar. Esta se basó en sus definiciones propias de explotación, en la selección de las lecciones de lucha de la Resistencia y de los '70, en un poderoso lazo social informal que, como asegura Petras (1979; 7), le permiten compartir experiencias, una cultura común, un lugar de vida relativamente homogéneo en términos de clase y la gran solidaridad de clase que se muestra en el concepto de “compañerismo” como en las numerosas luchas que dio la clase en este periodo. Esta cultura refuerza la *experiencia de clase* y su cultura opositora y autónoma.

Además, ay que decir que la dictadura, con su plan de atomización de la clase productora, no fue el quiebre de la clase como experiencia articuladora de sentidos y prácticas; más bien, fue el quiebre de sus tendencias revolucionarias y autónomas, aquellas que luchaban por el socialismo. No obstante, muchas de las tradiciones y experiencias de la clase fueron un activo importante para la nueva, y difícil, etapa que se la abría a la clase obrera en ese momento. Un rol protagónico en esas experiencias es interpretado por la Resistencia y el Cordobazo, que aparecen tanto en los miedos gubernamentales como en las expectativas de algunos obreros. El proletariado como clase no dejó de existir como centro de gravedad en torno al cual giran múltiples vivencias dispersas, sino que los trabajadores, o al menos un sector de ellos, vivían su experiencia personal como una experiencia de clase. Es decir, en franca solidaridad con otros sectores de ésta y en declarado antagonismo con el régimen represivo. La ambivalencia de las demandas, como hemos visto con Laclau, significaron que la generalización tanto de los ataques como de las resistencias de los trabajadores generaron cadenas equivalenciales enmarcadas dentro del capitalismo —en las relaciones sociales donde la burguesía es dominante—, pero con una tendencia a sobrepasar el régimen opresivo contra el que antagoniza. No obstante, la derrota producida por el régimen militar es necesaria tomarla en cuenta para observar los límites que tuvieron estas luchas, así como la no realización de sus potencias. La resistencia existió pero no descarta la desmoralización y el temor de gran parte de la clase obrera.

Bibliografía

James, D. (2019) *Resistencia e Integración*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Laclau, Ernesto (2007): *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Laclau, Ernesto (2011). Construir la Universalidad. En J.Butler, E.Laclau, S.Zizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires

Mangiantini, M. (2024). *La clase obrera en dictadura. Las tempranas resistencias desde los sitios de trabajo en el Área Metropolitana de Buenos Aires* (marzo de 1976-diciembre de 1977). Colección, 35(1), 105–147.

Maiello, M. (2024, Septiembre 22). *La “democracia de la derrota”, un debate en la izquierda*. Ideas de Izquierda. <https://www.laizquierdadiario.com/La-democracia-de-la-derrota-un-debate-en-la-izquierda>

Modonessi, M. (2010) *Subalternidad, Antagonismo, Autonomía. Marxismos y subjetivación política*. CLACSO, Buenos Aires.

Schneider, A. (2003). Ladrán Sancho- Dictadura y clase obrera en la zona norte del Gran Buenos Aires. En H. Camarero, P. Pozzi, A. Schneider, *De la Revolución Libertadora al menemismo: Historia social y política argentina*. Imago Mundi, Buenos Aires.

Thompson, E.P. (2012) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Capitán Swing, Madrid.

Peña, M. (2023) *Debates sobre la burguesía argentina, la liberación nacional y el peronismo*. IPS.

Petras, James (Otoño-Primavera 1979) "Terror and the Hydra: Repression and Resurgence in the Argentine Working Class," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 10, Article 6. Disponible en: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss10/6>

Pozzi, P. (1988). *Oposición Obrera a la dictadura*. Contrapunto, Buenos Aires.

Williams (2009). *Marxismo y Literatura*. Las Cuarenta, Buenos Aires.

Wright, E. O (1983) *Clase, crisis y Estado*. Siglo XXI.

